

Alto militar de EEUU explica porque la OTAN está perdiendo la guerra en Ucrania

ALEX VERSHININ :: 07/05/2024

Si Occidente contempla un conflicto entre grandes potencias, debe examinar su capacidad para librar una guerra prolongada y aplicar una estrategia centrada en el desgaste más que en la maniobra

Alex Vershinin, teniente coronel estadounidense (retirado) con 10 años de experiencia en primera línea en Corea, Irak y Afganistán, durante los últimos años fue oficial a cargo de simulaciones y experimentación para la OTAN y el ejército de EEUU.

Las guerras de desgaste requieren su propio «arte de la guerra» y se libran con un enfoque «centrado en la fuerza», a diferencia de las guerras de maniobra que están «centradas en el terreno». Tienen su origen en una enorme capacidad industrial que permite reponer las pérdidas, en la profundidad geográfica para absorber una serie de derrotas y en condiciones tecnológicas que impiden un rápido movimiento en el terreno.

En las guerras de desgaste, las operaciones militares están determinadas por la capacidad de un Estado para reemplazar las pérdidas y generar nuevas formaciones, no por maniobras tácticas y operativas. El bando que acepta la naturaleza de desgaste de la guerra se concentra en destruir las fuerzas enemigas en lugar de ganar terreno.

Occidente no está preparado para este tipo de guerra. Para la mayoría de los expertos occidentales, la estrategia de desgaste es contraintuitiva. Históricamente, Occidente prefirió el breve choque de ejércitos profesionales en el que el ganador se lo lleva todo. Juegos de guerra recientes, como los ejercicios de simulación del CSIS en Taiwán, abarcaron un mes de combates. La posibilidad de que la guerra continuara nunca entró en discusión. Esto es un reflejo de una actitud occidental común.

Las guerras de desgaste se tratan como excepciones, algo que debe evitarse a toda costa y, en general, producto de la ineptitud de los líderes.

Probablemente, las guerras entre potencias cercanas sean de desgaste, gracias a una gran reserva de recursos disponibles para reemplazar las pérdidas iniciales.

La naturaleza desgastante del combate, incluida la erosión del profesionalismo debido a las bajas, nivela el campo de batalla sin importar qué ejército comenzó con fuerzas mejor entrenadas. A medida que el conflicto se prolonga, la guerra la ganan las economías, no los ejércitos. Los Estados que comprendan esto y luchen en una guerra de este tipo mediante una estrategia de desgaste destinada a agotar los recursos del enemigo y al mismo tiempo preservar los propios, tienen más probabilidades de ganar.

La manera más rápida de perder una guerra de desgaste es centrarse en la maniobra, gastando recursos valiosos en objetivos territoriales de corto plazo. Reconocer que las

guerras de desgaste tienen su propio arte es vital para ganarlas sin sufrir pérdidas abrumadoras.

La dimensión económica

Las guerras de desgaste las ganan las economías que permiten la movilización masiva de actividades militares a través de sus sectores industriales. Los ejércitos se expanden rápidamente durante un conflicto de este tipo, lo que requiere cantidades masivas de vehículos blindados, drones, productos electrónicos y otros equipos de combate. Debido a que el armamento de alta gama es muy complejo de fabricar y consume grandes recursos, es imperativa una combinación de fuerzas y armas para ganar.

Las armas de alta gama tienen un rendimiento excepcional pero son difíciles de fabricar, especialmente cuando se necesita armar a un ejército rápidamente movilizado y sujeto a un alto índice de desgaste. Por ejemplo, durante la II Guerra Mundial los Panzer alemanes eran tanques magníficos, pero utilizando aproximadamente los mismos recursos de producción que Ocho tanques soviéticos (Un tanque Panzer alemán costaba Ocho T-34 soviético). La diferencia de rendimiento no justificaba la disparidad numérica en la producción. Las armas de alta gama también requieren tropas de alta gama. Se necesita mucho tiempo para entrenarlos, tiempo del que no se dispone en una guerra con altas tasas de desgaste.

Es más fácil y rápido producir grandes cantidades de armas y municiones baratas, especialmente si sus subcomponentes son intercambiables con bienes civiles, asegurando cantidades masivas sin expandir las líneas de producción. Los nuevos reclutas también utilizan armas más simples más rápidamente, lo que permite la rápida generación de nuevas formaciones o la reconstitución de las existentes.

Lograr masa es difícil para las economías occidentales de alto nivel. Para lograr hiper-eficiencia, se deshacen del exceso de capacidad y luchan por expandirse, especialmente porque las industrias de nivel inferior han sido transferidas al extranjero por razones económicas. Durante la guerra, las cadenas de suministro globales se interrumpen y ya no es posible asegurar los subcomponentes. A este enigma se suma la falta de mano de obra calificada y con experiencia en esta industria en particular. Estas habilidades se adquieren a lo largo de décadas, y una vez que una industria cierra, lleva décadas reconstruirla.

El informe interinstitucional del gobierno de EEUU de 2018 sobre la capacidad industrial de EEUU destacó estos problemas. La conclusión es que Occidente debe analizar detenidamente cómo garantizar el exceso de capacidad en tiempos de paz en su complejo industrial militar, o correr el riesgo de perder la próxima guerra.

Generación de fuerza

La producción industrial existente debe canalizarse para reemplazar pérdidas y generar nuevas formaciones. Esto requiere doctrina y estructuras de mando y control apropiadas. Hay dos modelos principales: La OTAN (la mayoría de los ejércitos occidentales) y el antiguo modelo soviético, en el que la mayoría de los Estados despliegan algo intermedio.

Los ejércitos de la OTAN son altamente profesionales, respaldados por un fuerte Cuerpo de

Suboficiales (NCO), con amplia formación y experiencia militar en tiempos de paz. Se basan en este profesionalismo para su doctrina militar (fundamentos, tácticas y técnicas) enfatizando la iniciativa individual, delegando una gran libertad de acción a los oficiales subalternos y suboficiales. Las formaciones de la OTAN gozan de una enorme agilidad y flexibilidad para aprovechar las oportunidades en un campo de batalla dinámico.

En la guerra de desgaste, este método tiene una desventaja. Los oficiales y suboficiales necesarios para ejecutar esta doctrina requieren una amplia formación y, sobre todo, experiencia. Un suboficial del ejército estadounidense tarda años en desarrollarse. Un líder de escuadrón generalmente tiene al menos tres años de servicio y un sargento de pelotón tiene al menos siete. En una guerra de desgaste caracterizada por numerosas bajas, simplemente no hay tiempo para reemplazar los suboficiales perdidos o generarlos para nuevas unidades.

La idea de que a los civiles se les puedan dar cursos de capacitación de tres meses, galones de sargento y luego esperar que se desempeñen de la misma manera que un veterano de siete años es una receta para el desastre. Sólo el tiempo puede generar líderes capaces de ejecutar la doctrina de la OTAN, y tiempo es algo que las demandas masivas de la guerra de desgaste no dan.

La Unión Soviética construyó su ejército para un conflicto a gran escala con la OTAN. Se pretendía poder expandirse rápidamente recurriendo a reservas masivas. Cada varón de la Unión Soviética recibió dos años de formación básica nada más terminar la escuela secundaria. La constante rotación de personal alistado impidió la creación de un cuerpo de suboficiales al estilo occidental, pero generó una enorme reserva de reservas semi-entrenadas disponibles en tiempos de guerra. La ausencia de suboficiales confiables creó un modelo de mando centrado en los oficiales, menos flexible que el de la OTAN pero más adaptable a la expansión a gran escala requerida por la guerra de desgaste.

Con este formato, a medida que una guerra avanza más allá de un año, las unidades de primera línea ganarán experiencia y es probable que surja un cuerpo de suboficiales mejorado, lo que le dará al modelo soviético una mayor flexibilidad. En 1943, el Ejército Rojo había desarrollado un robusto cuerpo de suboficiales, que desapareció después de la II Guerra Mundial cuando las formaciones de combate fueron desmovilizadas. Una diferencia clave entre los modelos es que la doctrina de la OTAN no puede funcionar sin suboficiales de alto rendimiento. La doctrina soviética fue reforzada por suboficiales experimentados, pero no los requería.

En lugar de una batalla decisiva lograda mediante maniobras rápidas, la guerra de desgaste se centra en destruir las fuerzas enemigas y su capacidad para regenerar el poder de combate, preservando al mismo tiempo el propio.

El modelo más eficaz es una combinación de ambos, en la que un Estado mantiene un ejército profesional de tamaño medio, junto con una masa de reclutas disponibles para la movilización. Esto conduce directamente a una mezcla alta/baja.

Las fuerzas profesionales de antes de la guerra forman la parte superior de este ejército, convirtiéndose en brigadas, que se mueven de un sector a otro en la batalla para estabilizar

la situación y llevar a cabo ataques decisivos. Las formaciones de bajo nivel mantienen la línea y ganan experiencia lentamente, aumentando su calidad hasta que obtienen la capacidad de realizar operaciones ofensivas. La victoria se logra creando formaciones de bajo nivel de la más alta calidad posible.

Convertir nuevas unidades en soldados con capacidad de combate en lugar de turbas civiles se logra a través del entrenamiento y la experiencia de combate. Una nueva formación deberá entrenar durante al menos seis meses, y sólo si está constituida por reservistas con formación individual previa. Los reclutas tardan más. Estas unidades también deberían tener soldados y suboficiales profesionales traídos del ejército de antes de la guerra para agregar profesionalismo. Una vez que se completa el entrenamiento inicial, solo deben participar en la batalla en los sectores secundarios. No se debe permitir que ninguna formación caiga por debajo del 70% de su fuerza.

Retirar las formaciones temprano permite que prolifere la experiencia entre los nuevos reemplazos a medida que los veteranos transmiten sus habilidades. De lo contrario, se pierde experiencia valiosa y el proceso comienza de nuevo. Otra implicación es que los recursos deberían priorizar los reemplazos sobre las nuevas formaciones, preservando la ventaja de combate tanto en el ejército de antes de la guerra como en las formaciones recientemente creadas. Es aconsejable disolver varias formaciones de antes de la guerra (de alto nivel) para distribuir soldados profesionales entre formaciones de bajo nivel recién creadas para aumentar la calidad inicial.

La dimensión militar

Las operaciones militares en un conflicto de desgaste son muy distintas de las de una guerra de maniobra. En lugar de una batalla decisiva lograda mediante maniobras rápidas, la guerra de desgaste se centra en destruir las fuerzas enemigas y su capacidad para regenerar el poder de combate, preservando al mismo tiempo el propio.

En este contexto, una estrategia exitosa acepta que la guerra durará al menos dos años y se dividirá en dos fases distintas. La primera fase abarca desde el inicio de las hostilidades hasta el punto en que se ha movilizado suficiente poder de combate para permitir una acción decisiva. Verá pocos cambios posicionales en el terreno, centrándose en el intercambio favorable de pérdidas y aumentando el poder de combate en la retaguardia.

La forma dominante de combate son los disparos en lugar de las maniobras, complementados con amplias fortificaciones y camuflaje. El ejército en tiempos de paz inicia la guerra y lleva a cabo acciones de contención, dando tiempo para movilizar recursos y entrenar al nuevo ejército.

La segunda fase puede comenzar después de que una de las partes haya cumplido las siguientes condiciones.

-Las fuerzas recién movilizadas han completado su entrenamiento y adquirido suficiente experiencia para convertirlas en formaciones eficaces en combate, capaces de integrar rápidamente todos sus activos de manera cohesiva.

-La reserva estratégica del enemigo está agotada, dejándolo incapaz de reforzar el sector amenazado.

- Se logra superioridad en fuego y reconocimiento, lo que permite al atacante concentrar eficazmente los disparos en un sector clave y al mismo tiempo negarle al enemigo lo mismo.

- El sector industrial del enemigo está degradado hasta el punto de que no puede compensar las pérdidas en el campo de batalla. En el caso de luchar contra una coalición de países, sus recursos industriales también deben agotarse o al menos reducirse.

Sólo después de cumplir estos criterios deberían comenzar las operaciones ofensivas. Deben lanzarse a lo largo de un frente amplio, buscando abrumar al enemigo en múltiples puntos con ataques superficiales. La intención es permanecer dentro de una burbuja estratificada de sistemas de protección, mientras se agotan las reservas enemigas hasta que el frente colapse. Sólo entonces la ofensiva debería extenderse hacia objetivos más profundos en la retaguardia enemiga. Debe evitarse la concentración de fuerzas en un esfuerzo principal, ya que esto da una indicación de la ubicación de la ofensiva y una oportunidad para que el enemigo concentre sus reservas contra este punto clave.

La Ofensiva Brusilov de 1916 , que resultó en el colapso del ejército austrohúngaro, es un buen ejemplo de una ofensiva de desgaste exitosa a nivel táctico y operativo. Al atacar a lo largo de un frente amplio, el ejército ruso impidió que los austrohúngaros concentraran sus reservas, lo que provocó un colapso a lo largo de todo el frente. Sin embargo, a nivel estratégico, la Ofensiva Brusilov es un ejemplo de fracaso. Las fuerzas rusas no lograron establecer condiciones contra toda la coalición enemiga, centrándose únicamente en el Imperio austrohúngaro y descuidando la capacidad alemana. Los rusos gastaron recursos cruciales que no pudieron reemplazar sin derrotar al miembro más fuerte de la coalición.

Para volver a enfatizar el punto clave, una ofensiva sólo tendrá éxito una vez que se cumplan los criterios clave. Intentar lanzar una ofensiva antes resultará en pérdidas sin ganancias estratégicas, dejándolas directamente en manos del enemigo.

Guerra moderna

El campo de batalla moderno es una técnica integrada de sistemas que incluye varios tipos de guerra electrónica (GE), tres tipos básicos de defensa aérea, cuatro tipos diferentes de artillería, innumerables tipos de aviones, drones de ataque y reconocimiento, ingenieros de construcción y zapadores, infantería tradicional, formaciones blindadas y, sobre todo, logística. La artillería se ha vuelto más peligrosa gracias al aumento del alcance y la focalización avanzada, lo que amplía la profundidad del campo de batalla.

En la práctica, esto significa que es más fácil concentrar deflagraciones que fuerzas. Las maniobras profundas, que requieren la concentración del poder de combate, ya no son posibles porque cualquier fuerza concentrada será destruida por fuegos indirectos antes de que pueda lograr el éxito en profundidad. En cambio, una ofensiva terrestre requiere una burbuja protectora ajustada para protegerse de los sistemas de ataque enemigos. Esta burbuja se genera mediante la superposición de activos de contrafuego, defensa aérea y GE.

Mover numerosos sistemas interdependientes es muy complicado y es poco probable que tenga éxito. Los ataques superficiales a lo largo de la primera línea de tropas tienen más probabilidades de tener éxito con una relación de costos aceptable; los intentos de penetración profunda quedarán expuestos a golpes masivos en el momento en que salgan de la protección de la burbuja defensiva.

La integración de estos activos superpuestos requiere una planificación centralizada y oficiales de estado mayor excepcionalmente bien capacitados, capaces de integrar múltiples capacidades sobre la marcha. Se necesitan años para entrenar a tales oficiales, e incluso la experiencia de combate no genera tales habilidades en poco tiempo. Las listas de verificación y los procedimientos obligatorios pueden aliviar estas deficiencias, pero sólo en un frente estático y menos complicado. Las operaciones ofensivas dinámicas requieren tiempos de reacción rápidos, que los oficiales semi-entrenados son incapaces de realizar.

Un ejemplo de esta complejidad es el ataque de un pelotón de 30 soldados. Esto requeriría sistemas GE para bloquear los drones enemigos; otro sistema GE para bloquear las comunicaciones enemigas impidiendo el ajuste de los fuegos enemigos; y un tercer sistema GE para bloquear los sistemas de navegación espacial negando el uso de municiones guiadas con precisión. Además, los ataques requieren radares de contrabatería para derrotar a la artillería enemiga.

Lo que complica aún más la planificación es el hecho de que la GE enemiga localizará y destruirá cualquier radar amigo o emisor de GE que esté emitiendo durante demasiado tiempo. Los ingenieros tendrán que despejar caminos a través de los campos minados, mientras que los drones proporcionarán inteligencia, vigilancia y reconocimiento (ISR) urgente y apoyo de fuego si es necesario. (Esta tarea requiere mucho entrenamiento con las unidades de apoyo para evitar lanzar municiones sobre tropas atacantes amigas).

Finalmente, la artillería necesita brindar apoyo tanto en el objetivo como en la retaguardia enemiga, apuntando a las reservas y suprimiendo la artillería. Todos estos sistemas necesitan funcionar como un equipo integrado sólo para apoyar a 30 hombres en varios vehículos atacando a otros 30 hombres o menos. La falta de coordinación entre estos activos resultará en ataques fallidos y pérdidas terribles sin siquiera ver al enemigo. A medida que aumenta el tamaño de la formación que realiza operaciones, también aumenta el número y la complejidad de los activos que deben integrarse.

Implicaciones para las operaciones de combate

Los disparos profundos (a más de 100-150 km, el alcance promedio de los cohetes tácticos, detrás de la línea del frente) tienen como objetivo la capacidad del enemigo para generar poder de combate. Esto incluye instalaciones de producción, depósitos de municiones, depósitos de reparación e infraestructura de energía y transporte. De particular importancia son los objetivos que requieren importantes capacidades de producción y que son difíciles de reemplazar o reparar, ya que su destrucción causará daños a largo plazo.

Como ocurre con todos los aspectos de la guerra de desgaste, estos ataques tardarán mucho tiempo en surtir efecto, y los plazos se extenderán por años. Los bajos volúmenes de producción global de municiones guiadas con precisión de largo alcance, las efectivas

acciones de engaño y ocultamiento, las grandes reservas de misiles antiaéreos y la enorme capacidad de reparación de Estados fuertes y decididos se combinan para prolongar los conflictos.

La estratificación eficaz de las defensas aéreas debe incluir sistemas de alta gama en todas las altitudes, junto con sistemas más baratos para contrarrestar las plataformas de ataque masivas de baja gama del enemigo. Combinada con la fabricación a gran escala y una GE eficaz, esta es la única forma de derrotar los ataques profundos del enemigo.

La victoria en una guerra de desgaste está asegurada mediante una planificación cuidadosa, el desarrollo de bases industriales y de infraestructura de movilización en tiempos de paz, y una gestión aún más cuidadosa de los recursos en tiempos de guerra.

La guerra de desgaste exitosa se centra en la preservación del propio poder de combate. Esto generalmente se traduce en un frente relativamente estático interrumpido por ataques locales limitados para mejorar las posiciones, utilizando artillería durante la mayor parte de los combates. La fortificación y ocultación de todas las fuerzas, incluida la logística, es la clave para minimizar las pérdidas. El largo tiempo necesario para construir las fortificaciones impide importantes movimientos terrestres. Una fuerza atacante que no pueda atrincherarse rápidamente sufrirá pérdidas significativas por los disparos de artillería enemiga.

Las operaciones defensivas ganan tiempo para desarrollar formaciones de combate de bajo nivel, lo que permite a las tropas recién movilizadas ganar experiencia de combate sin sufrir grandes pérdidas en ataques a gran escala. La creación de formaciones de combate experimentadas de bajo nivel genera la capacidad para futuras operaciones ofensivas.

Las primeras etapas de la guerra de desgaste van desde el inicio de las hostilidades hasta el punto en que los recursos movilizados están disponibles en grandes cantidades y listos para las operaciones de combate. En el caso de un ataque sorpresa, puede ser posible una ofensiva rápida por parte de un lado hasta que el defensor pueda formar un frente sólido. Después de eso, el combate se solidifica. Este período dura al menos un año y medio a dos años. Durante este período, deben evitarse operaciones ofensivas importantes. Incluso si los grandes ataques tienen éxito, provocarán importantes bajas, a menudo a cambio de ganancias territoriales sin sentido. Un ejército nunca debería aceptar una batalla en condiciones desfavorables.

En la guerra de desgaste, cualquier terreno que no tenga un centro industrial vital es irrelevante. Siempre es mejor retirarse y conservar fuerzas, independientemente de las consecuencias políticas. Luchar en terrenos desventajosos quema unidades y pierde soldados experimentados que son clave para la victoria. La obsesión alemana con Stalingrado en 1942 es un excelente ejemplo de lucha en un terreno desfavorable por razones políticas. Alemania quemó unidades vitales que no podía permitirse perder, simplemente para capturar una ciudad que llevaba el nombre de Stalin. También es prudente empujar al enemigo a luchar en terrenos desventajosos mediante operaciones de información, explotando objetivos enemigos políticamente sensibles.

El objetivo es obligar al enemigo a gastar material vital y reservas estratégicas en

operaciones estratégicamente sin sentido. Un escollo clave que se debe evitar es ser arrastrado a la misma trampa que se le ha tendido al enemigo. En la I Guerra Mundial, los alemanes hicieron precisamente eso en Verdún, donde planearon utilizar la sorpresa para capturar un terreno clave y políticamente sensible, provocando costosos contraataques franceses. Desafortunadamente para los alemanes, cayeron en su propia trampa. No lograron ganar terreno clave y defendible desde el principio, y la batalla se convirtió en una serie de costosos asaltos de infantería por parte de ambos bandos, con fuegos de artillería devastadores para la infantería atacante.

Cuando comience la segunda fase, la ofensiva debe lanzarse en un frente amplio, buscando abrumar al enemigo en múltiples puntos mediante ataques superficiales. La intención es permanecer dentro de la burbuja estratificada de sistemas de protección amigos, mientras se extienden las agotadas reservas enemigas hasta que el frente colapse. Hay un efecto en cascada en el que una crisis en un sector obliga a los defensores a trasladar reservas de un segundo sector, sólo para generar a su vez una crisis allí.

A medida que las fuerzas empiezan a retroceder y a abandonar las fortificaciones preparadas, la moral se desploma y surge la pregunta obvia: «Si no podemos defender la megafortaleza, ¿cómo podremos defender estas nuevas trincheras?». La retirada se convierte entonces en derrota. Sólo entonces la ofensiva debería extenderse hacia objetivos más profundos en la retaguardia enemiga. La ofensiva aliada de 1918 es un ejemplo. Los aliados atacaron a lo largo de un amplio frente, mientras que los alemanes carecían de recursos suficientes para defender toda la línea. Una vez que el ejército alemán comenzó a retirarse resultó imposible detenerlo.

La estrategia de desgaste, centrada en la defensa, es contraintuitiva para la mayoría de los oficiales militares occidentales. El pensamiento militar occidental considera la ofensiva como el único medio para lograr el objetivo estratégico decisivo de obligar al enemigo a sentarse a la mesa de negociaciones en términos desfavorables. La paciencia estratégica necesaria para establecer las condiciones de una ofensiva va en contra de la experiencia de combate adquirida en operaciones de contrainsurgencia en el extranjero.

Conclusión

La conducción de las guerras de desgaste es muy diferente de la de las guerras de maniobra. Duran más y terminan poniendo a prueba la capacidad industrial de un país. La victoria está asegurada por una planificación cuidadosa, el desarrollo de la base industrial y el desarrollo de la infraestructura de movilización en tiempos de paz, y una gestión aún más cuidadosa de los recursos en tiempos de guerra.

La victoria se puede lograr analizando cuidadosamente los objetivos políticos propios y del enemigo. La clave es reconocer las fortalezas y debilidades de los modelos económicos competitivos e identificar las estrategias económicas que tienen más probabilidades de generar el máximo de recursos. Estos recursos luego se pueden utilizar para construir un ejército masivo utilizando una combinación de armas y fuerza alta/baja. La conducción militar de la guerra está impulsada por objetivos políticos estratégicos generales, realidades militares y limitaciones económicas. Las operaciones de combate son superficiales y se centran en destruir los recursos enemigos, no en ganar terreno. La propaganda se utiliza

para apoyar operaciones militares, y no al revés. Con paciencia y una planificación cuidadosa, se puede ganar una guerra.

Desafortunadamente, muchos en Occidente tienen una actitud muy arrogante de que los conflictos futuros serán breves y decisivos. Esto no es cierto por las mismas razones expuestas anteriormente. Incluso las potencias globales medianas tienen tanto la geografía como la población y los recursos industriales necesarios para llevar a cabo una guerra de desgaste.

La idea de que cualquier potencia importante se echaría atrás en caso de una derrota militar inicial es, en el mejor de los casos, una ilusión. Cualquier conflicto entre grandes potencias sería visto por las elites adversarias como existencial y perseguido con todos los recursos disponibles para el Estado. La guerra resultante será de desgaste y favorecerá al Estado que tenga la economía, la doctrina y la estructura militar más adecuadas para esta forma de conflicto.

Si Occidente se toma en serio un posible conflicto entre grandes potencias, debe examinar detenidamente su capacidad industrial, su doctrina de movilización y sus medios para librar una guerra prolongada, en lugar de realizar simulacros de guerra que abarquen un solo mes de conflicto y esperar que la guerra termine. Como nos enseñó la guerra de Irak, la esperanza no es un método.

observatoriocrisis.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/alto-militar-de-eeuu-explica>